
De las mujeres, la fuerza de la mujeres: Una carta itinerante para el feminismo comunista de los ochenta

Francesca Gargallo

Frente a la riqueza del movimiento feminista de los años setenta, cuando miles de mujeres desplegaron su energía para inventar y exigir una nueva vida política que pusiera la cuestión de la diferencia sexual en el centro de la movilización social, el movimiento italiano de los ochenta parece, si no pobre, falto de esplendor y de festividad, una academia en vías de burocratización.

No obstante, en la pasada década han sido abiertos un centenar de Centros de las Mujeres con tres tipos de servicios: asistenciales (para mujeres con problemas psíquicos, familiares o económicos), sociales (de consulta en el campo de la salud, el derecho y el trabajo), y culturales. El tercer tipo de centro se caracteriza por dar vida a lugares separados y autónomos de elaboración y organización cultural, constituidos por mujeres movidas por una necesidad común de adquisición de conocimientos y creación: espacios, pues, de pensamiento feminista con estructura interna, biblioteca, forma jurídica y sede.

De tal manera, los años ochenta han visto a la intelectualidad femenina lograr una centralidad en el quehacer cultural nacional. Hasta la Universidad de las Mujeres "Virginia Woolf", surgida del centro de estudios de la Casa de las Mujeres de Roma, es una creación de 1981-82.

En el mismo periodo se ha detectado un deslizamiento de la actividad sindical femenina que conduce a la presencia y la conceptualización de las mujeres en la dirección política de la izquierda. Así se ha llegado a las "cuotas" mínimas (40%) de dirigentas comunistas (1987), a la consolidación de la actuación de las mujeres en el movimiento cooperativo y a la revisión de la legislación sobre la violencia sexual, que incluye la denuncia de oficio en caso de violación por parte del cónyuge (1988). La sacralidad de la familia democristiana ha sido rota por un

feminismo que se erige en constructor y portavoz de una cultura y de instituciones sexuadas que atacan la estructura neutra de la esfera pública y del Estado.

Partiendo de estas breves consideraciones, creo inevitable subrayar que el feminismo político en los ochenta se aglutinó alrededor de las mujeres del PCI quienes, a mediados de la década, firmes y seguras en sus posiciones europeas, enviaron una carta itinerante a las italianas: *De las mujeres la fuerza de las mujeres* (Roma, noviembre de 1986). En ella, las comunistas formulan la teoría de la “fuerza” como capacidad-para-hacer-juntas que se sostiene en el voto y en la participación de las mujeres; es un concepto contrario al de “poder dominar”, pero similar al de “poder hacer” (poder amar, poder transformar, poder pensar, etc.)

De las mujeres la fuerza de las mujeres se divide en tres partes: “Ideas, propuestas, interrogantes”, “Construir la sociedad humana” y “Las conquistas que queremos obtener hoy”. En la introducción, Livia Turco afirma que “Nuestra vida de mujeres ha mejorado en estos años. Está marcada por una nueva identidad, adquirida mediante un duro trabajo entreverado de apuestas, derrotas y conquistas. También nuestras condiciones de vida han mejorado, aunque no para todas. La realidad es avara con muchas, y les niega derechos fundamentales como el trabajo. Sin embargo, esta nueva fuerza de las mujeres no encuentra un espacio adecuado en las instituciones de la política, que siguen siendo el lugar más cerrado y hostil a la identidad femenina, su historia y su experiencia de vida. Por eso, nosotras, las comunistas, proponemos a las mujeres una alianza para ganar una apuesta: establecer una relación nueva entre nuestra vida y la política; hacer que nuestra vida ‘invada’ las instituciones de la política, los gobiernos y los partidos que las componen; que se convierta para ellos en un ‘material incómodo’ y los obligue a tropezar con ella”.

“Proponemos construir en la sociedad y en las instituciones de la política una ‘fuerza de las mujeres’ que no pueda derivar sino de las mismas mujeres a través de una estrategia de relación y de comunicación entre nosotras”.

En la primera parte, “Ideas, propuestas e interrogantes”, se centra la afirmación del grupo: somos mujeres comunistas e intentamos practicar nuestro empeño político; así como la definición de la realidad, los intereses y la cotidianidad de las mujeres.

“La militancia en nuestro partido no nos hace olvidar que pertenecemos a un sexo con una historia y una condición propia que le impone

necesidades, urgencias y opciones particulares. Hemos aprendido que en política las opciones llevan un sello de clase y de sexo. A veces la voluntad de perseguir un interés general, válido para todos, revela el olvido del sexo que no se menciona: el femenino... Para que las mujeres sean nombradas, es necesario que ellas mismas den voz y autoridad a sus propias necesidades y deseos y que éstos se transformen en hechos y proposiciones políticas...

“Construir la fuerza de las mujeres es un empeño que nos debemos a nosotras mismas y al partido en el que militamos. Con la fuerza de las mujeres es posible construir la ‘sociedad humana’ en la cual las mujeres, como tales, y los hombres, en cuanto hombres, puedan reconocerse plenamente...”

“En estos años nuestra vida ha cambiado: las mujeres proyectan su futuro; lo piensan como futuro social y no únicamente privado. Las mujeres trabajan... El trabajo se ha convertido para ellas en una componente importante de su identidad y su vida. Las mujeres han afirmado y aprendido a vivir el derecho a la sexualidad, han practicado el valor de la libertad responsable en la sexualidad y la procreación... Muchas viven hoy un conflicto agudo entre una conciencia de sí mismas diferente de la del pasado, el conocimiento de los derechos adquiridos y las oportunidades que la realidad ofrece...”

“Nosotras hoy queremos encarar la realidad de las mujeres en su complejidad: en la miseria y en la debilidad de una condición socialmente desventajosa, pero también en la riqueza y en la fuerza de una subjetividad femenina no indiferenciada, que se presenta en una pluralidad de expresiones...”

“La voluntad de las mujeres de afirmarse frente a sus propios ojos; de trabajar todas; de construir una nueva cultura de la sexualidad; de afirmar la libertad responsable en la procreación; de valorizar el trabajo de su inteligencia; de vivir naturalmente con racionalidad y sentimientos; expresa los intereses de las mujeres y el desafío político de la izquierda de gobernar la sociedad del futuro...”

“Para construir nuestra fuerza es necesaria una enorme comunicación entre las mujeres; debemos escuchar nuestras expectativas y tener conciencia de la necesidad que cada una tiene de la otra. La fuerza de una debe ser recurso y ventaja para la otra. Debemos hacer manar de las mujeres la fuerza de las mujeres...”

“La vida cotidiana de las mujeres... no tiene espacio en política... En estos años, los lugares de decisión política se han reducido, alejándose

de las instancias representativas y de la participación popular. Se ha intentado reducir los sujetos de la política y de volverla miserable. Este es el contenido esencial del ciclo político que ha implicado a Estados Unidos, Europa e Italia: el neoliberalismo. Golpeando las conquistas de los trabajadores y las esperanzas de desarrollo de los países del Tercer Mundo, éste ha incrementado las desigualdades sociales, marginando a sectores siempre mayores de mujeres y despertando un machismo funcional.”

Dado que la marginalidad de la presencia femenina en las instituciones de la política es mucho mayor que en otros campos de la vida social (en 1986, sólo el 7% de los parlamentarios eran mujeres, ¡como en 1946!), las comunistas plantean organizarse alrededor de las contradicciones de sexo, solicitando que este concepto enriquezca los contenidos de la política y cambie sus manifestaciones: “nos comprometemos a conquistar, a través de una alianza con las mujeres, una representación plena para nuestro sexo. Si la historia ha marcado diversamente el poder y el papel de hombres y mujeres, ya es hora de que esta diversidad deje de operar en nuestra contra.”

Para eso se proponen cuotas garantizadas e instrumentos y formas de agrupaciones autónomas, así como crear una comunicación real entre las mujeres electas y sus electoras, para humanizar la relación entre los ciudadanos y el Estado.

En otra parte del documento, “Construir la sociedad humana”, se tocan los puntos que una política de las mujeres no puede obviar, como los relativos a la paz, a las nuevas fronteras de la ciencia y al trabajo.

“Que el mundo esté repleto de armas, que haya guerras en curso, que muchos científicos estén investigando para la producción bélica, que la mayor parte de la humanidad sufra por hambre y pobreza mientras enormes riquezas son destinadas al armamentismo, nos parece espantoso e insensato.

“Nosotras, que por muchas razones estamos y nos sentimos extrañas a esta carrera hacia la guerra, sufrimos por la insensatez de todo esto a la vez que experimentamos un sentimiento de impotencia, que debe ser superado mediante un trabajo largo y paciente y con acciones inmediatas...

“Queremos revertir la lógica, erróneamente considerada natural y sufrida pasivamente durante siglos, según la cual el enemigo (pueblo, Estado, raza o ideología) debe ser aniquilado. Queremos revertir la lógi-

ca según la cual las decisiones sobre el mundo y la vida de los pueblos se toman con base en razones de dinero...

“La paz no es sólo el silencio de las armas; es la convivencia y la cooperación. Cada estado, cada pueblo debe hacerse responsable, por su propio interés, de la seguridad y la independencia del otro. Porque sólo una seguridad común puede romper el equilibrio del terror y la amenaza del aniquilamiento.”

Tres años antes de los drásticos cambios que el mundo europeo del Este experimentara en 1989, las comunistas planteaban que la nueva cultura de las mujeres era el pacifismo, erigido en elección urgente y necesidad vital para la humanidad; una cultura de la paz solidaria que exigía el desarme del espacio; la destrucción de los arsenales atómicos, biológicos y químicos; la suspensión de los experimentos con la afirmación categórica del derecho a la autodeterminación de los pueblos.

“Queremos conocer las razones y desenmascarar a los responsables del hambre y del subdesarrollo... porque en las relaciones Norte-Sur hay que privilegiar a las mujeres y a los hombres y no las lógicas del dinero y de la explotación. Esto redundará también en beneficio nuestro, de las mujeres de los países ricos. Es reconocer que nosotras, en el Norte y en el Sur del Mundo, tenemos un destino común y que el lazo que nos une no sólo es solidario sino también político. Estamos conscientes de que cambiar el modelo de desarrollo, renunciando a la rapiña de los recursos y a la mortificación de las culturas del Tercer Mundo, es interés común de las mujeres, vital para emanciparnos y liberarnos en cada país y continente, que siguen recorridos autónomos”.

Esta responsabilización sobre el presente y el futuro de la humanidad, conlleva una posición ecológica frente al ambiente y a la ciencia. Bhopal, Chernobyl, la amenaza de una guerra atómica, las manipulaciones genéticas, imponen una visión crítica de género sobre el desarrollo de la ciencia.

“Las mujeres reproducen la vida, tienen una relación más directa con el ambiente y las tecnologías que se le aplican, porque es a través del cuerpo de la mujer que el deterioro ambiental incide en la especie humana. Las mujeres, históricamente alejadas de la definición de los estatutos de la ciencia moderna, han podido decidir sus orientaciones menos que los hombres.

“La posibilidad de control natal y el desarrollo de las biotecnologías ponen en discusión el carácter y el significado mismo del hecho

procreativo... No cualquier aplicación práctica de los descubrimientos científicos es buena de por sí: debe ser verificada en su capacidad de afirmar los valores de la vida, de dar libertad y dignidad. Por esto nos parece que la 'conciencia del límite' está cargada de una capacidad innovadora, ética y de aprendizaje, pues es la idea de que es posible optar, entre muchas vías, por aquella que se refiere al bien común de la especie humana y del ambiente."

Esta posición frente a la ciencia madura cuando las mujeres están en un proceso de ruptura con la vieja división de los roles. Hoy en día, el trabajo es un componente esencial de nuestra identidad; es deseado, querido, buscado con obstinación y "es asumido por las mujeres como un espacio en el que invertir su propia inteligencia, habilidad y, también, su emotividad y expresividad, aunque demasiadas veces siga implicando explotación y descalificación". De hecho, aprovechando la revolución tecnológica, a las mujeres se les ha relegado a los sectores más descalificados, hacia el trabajo precario, estacional y de medio tiempo. La segregación profesional está ligada a la segregación formativa; por ejemplo, todavía en 1985, en Italia, sólo el 4% de los ingenieros eran mujeres, pero conformaban el 80% del alumnado de las Escuelas Normales.

"La situación de desventaja y de debilidad de la fuerza de trabajo femenina debe ser reconducida a la particular estructura del mercado de trabajo en nuestro país y a la división sexual del trabajo, elemento más profundo.

"Las mujeres, en su experiencia cotidiana, desarrollan dos trabajos: en el mercado y en la familia, que no son iguales ni en sus contenidos ni en sus finalidades. El trabajo familiar (actividad de cuidado y relación entre los miembros de la familia, mediación entre recursos y necesidades, utilización de las oportunidades y medios sociales) es seguramente funcional para la valoración capitalista, pero es algo más, no homologable con ésta. El trabajo familiar es también el lugar de la gratuidad, la afectividad y las relaciones.

"Este trabajo esencial para los individuos ha sido considerado irrelevante e impuesto a las mujeres únicamente. La falta de reconocimiento al trabajo familiar, a su valor y a su histórica gratuidad son causas de la marginación de las mujeres en el trabajo, en la sociedad y en la política... En las sociedades industriales y desarrolladas se ha impuesto una violenta centralidad del trabajo retribuido y, generalmente, del que produce

bienes y riquezas. Este tipo de trabajo se ha convertido en el centro de la organización social; todas las demás funciones de la sociedad han sido organizadas de manera jerárquica y subalterna frente a esa centralidad. El trabajo productivo es reducido a un único modelo, medido según una organización del tiempo rígida y monótona; ha afirmado la tiranía del tiempo de trabajo, devaluando los otros tiempos y las otras dimensiones de la vida: el tiempo en sí. El trabajo productivo ha constituido el centro esencial y exclusivo de la vida de los hombres. Si eso les ha garantizado el acceso a la cosa pública, ha empobrecido su existencia, privándola de experiencias, sentimientos y espacios igualmente significativos.

“... Para incidir en la división sexual del trabajo es necesario redistribuir el trabajo familiar entre hombres y mujeres, introduciendo en la formación escolar nociones de práctica de autonomía personal, progresar en la socialización del trabajo doméstico y repensar la organización del tiempo de trabajo y su relación con los otros tiempos sociales.

“Nosotras, mujeres comunistas, nos empeñamos en construir a nivel europeo una estrategia unitaria de las mujeres que afirme la soberanía individual y social del tiempo.”

Dicha estrategia se basa en la autodeterminación del tiempo, entendida como reconocimiento de la pluralidad de los tiempos de la vida y, por lo tanto, de la multiplicidad de las esferas de la existencia humana. De esta manera se puede calificar y humanizar el trabajo que es fundamental para la autonomía de la mujer, volviéndolo aplicable a la satisfacción de las necesidades cualitativas del individuo y de la sociedad. Asimismo se puede demostrar que el trabajo remunerado no es el único útil y que hay espacios de competencia que las mujeres adquieren en el ámbito familiar que deben ser reconocidos.

En su tercera y última parte, la carta itinerante *De las mujeres la Fuerza de las mujeres* recopila una serie de demandas inmediatas que las comunistas plantean satisfacer hoy, mediante el interés de las mujeres que reciban la misiva. Ocho fichas sobre los temas tratados son propuestas para que se las conteste vertiendo en las respuestas las aspiraciones que las mujeres tienen frente a la calidad de su vida. Las propuestas que se envían para la discusión son: la paz; el ambiente, sus derechos y sus recursos; la creación de nuevas oportunidades de trabajo (allende la paridad: una política de igual oportunidad que las estructuras públicas deben garantizar con cuotas de asunción, un “observatorio” del trabajo y reformas y aceptación de los horarios humanizados ofreciendo orien-

tación y formación profesional; la libertad en la sexualidad y responsabilidad en la procreación, que prevé información sexual en las escuelas, una ley contra la violencia sexual que se base en el derecho de ejercer libremente la propia sexualidad a la edad que sea (aceptada en la cámara en 1989), el combate contra cualquier tipo de discriminación de la propia elección sexual y el apoyo a las mujeres durante la pubertad y la menopausia; la calidad de la vida como recurso; el trabajo de la inteligencia para mantener nuestra cultura, que sostiene que “conocer es conocerse” y, por lo tanto, propone una política intelectual de la diferencia, la historia de la cultura y la práctica de los saberes; y por último, el derecho a la información como condición para decidir y escoger el punto de vista femenino, porque la relación con los medios de difusión es difícil, puesto que las mujeres no son noticia ni pueden lograr que sus interpretaciones de la realidad sean aceptadas.

Cada ficha, antecedida por una serie de propuestas, plantea, a las que aceptarán el reto de integrar con sus respuestas la política de las mujeres del Partido Comunista Italiano, una serie de preguntas que pueden ser contestadas. Creo importante subrayar las cuestiones propuestas en la ficha de libertad sexual: ¿Debe ser reconocido el derecho de la mujer soltera a requerir la inseminación artificial? ¿Cuál debe ser el rol del médico en este procedimiento? ¿Cuál es la identidad de la madre? ¿Debe legalizarse la “renta” del útero por dinero? ¿Puede ser amplio o debe limitarse el uso de esta práctica? Preguntas de sondeo de opinión a las que las feministas han debido enfrentarse, por el desarrollo de las nuevas tecnologías reproductivas que determinan la artificialidad de la maternidad.

La carta, leída y tomada en consideración por todas las líneas del feminismo italiano, impulsó un acercamiento nuevo de las mujeres a la política logrando, alrededor de temas como la violencia sexual, que las parlamentarias de varios partidos se aglutinaron en un frente común. Cuando el vendaval perestroiko de 1989 condujo a la duda sobre si el PCI debía seguir siendo un partido comunista, de oposición, al margen de la posibilidad real de influir desde dentro en la reorganización de la izquierda europea y en la creación de una alternativa laica y progresista en el país, la cohesión de las mujeres del partido alrededor del comunismo ideal, como núcleo de valores enfrentado a la democracia androcéntrica y a las transnacionales, ha sido importantísima.

En el congreso de noviembre de 1989, Adriana Cavarero planteó: “Bobbio dice que la democracia es un buen sistema que, sin embargo, no

mantiene sus promesas. Aún así, existen promesas que la democracia nunca ha formulado. Me refiero al hecho de que ésta se fundamenta en un sujeto masculino-universal abstracto que prescinde de la concreción de los sujetos reales y, sobre todo, de una humanidad de dos sexos y no de uno que valga para ambos. Cumplir con una democracia abstracta es un mal cumplir. De aquí una discriminación: niego que exista un *aut-aut* imperativo entre el modelo totalitario de los países del Este y el liberalburgués de las democracias occidentales. Entre estos dos modelos no hay vacío, sino lo verdadero, lo concreto y lo real. Hay una política que no exalta el procedurismo, sino que está atenta a la vida de la gente. Se fija, en el caso del PCI, en la concreción de la práctica política de las mujeres, que se mide por experiencias, relaciones e ideas, y no por mayorías ganadoras y minorías perdedoras.”

Ochenta mujeres firmaron, inmediatamente después, una *Carta a las mujeres comunistas (Documenti per il Congresso Straordinario del PCI, 3o. vol., L'Unità, Roma, enero de 1990)* que vale la pena analizar:

“Reconocerse en la pertenencia al sexo femenino. Traducir la fuerza individual y social de las mujeres en fuerza de la política. Hacer que la vida cotidiana se convierta en ‘material incómodo’ para la política. Abrir las puertas de la política y del PCI a la diferencia sexual.

“Estos son algunos de los objetivos que nos habíamos propuesto con la Carta itinerante a las mujeres. El recorrido abierto por la Carta nos instó a experimentar con prácticas que buscaban la relación y la comunicación entre mujeres, entre nosotras y con muchas más. Este recorrido ha sido positivo y productivo. Hemos obtenido resultados importantes. El XVIII Congreso del PCI ha reconocido la diferencia sexual; el recorrido nos ha dado fuerza; y de la fuerza mayor ha brotado una libertad más alta, una capacidad de expresar con mayor plenitud la diversa identidad individual de cada una.

“Hace un año, sacando un primer balance, nos encontramos, sin embargo, en un cruce peligroso: habíamos encaminado un recorrido de autonomía, de construcción de nuestra identidad y visibilidad. Percibíamos el riesgo de que eso quedara paralelo, de que no lograra vigorizar los contenidos, las elecciones generales y el hacer política concreta del PCI. Sentíamos toda la dificultad inherente en el objetivo de hacer de las mujeres sujetos fundadores de la política. Ya no éramos únicamente incómodas, pero tampoco constitutivas en la identidad del PCI. El conflicto con los estatutos y las formas tradicionales -masculinas- de la política se manifestó en toda su crudeza: el sistema político italiano se ha revelado

siempre más ajeno a las mujeres, incapaz de asumir los contenidos, los tiempos y los valores que ellas proponían subjetiva y objetivamente. Igualmente, las formas organizativas, la tradición y los contenidos concretos del PCI se revelaron estrechos para nuestra subjetividad. Afirmamos en la Carta que las diversidades son riqueza, pero en la práctica política hemos enfrentado dificultades concretas para que de las diversidades emanaran valores de enriquecimiento común. Sentimos la necesidad de abrir una nueva fase en el recorrido de la Carta. Y lo sentimos más aún, hoy que nos encaminamos hacia el Congreso extraordinario del partido.

“Frente a la proposición del secretario general del PCI de abrirnos a una fase constitutiva para dar vida a una nueva formación política reformadora, las compañeras -como se ha perfilado en sus intervenciones en el Comité Central- han tomado actitudes diferentes, a veces opuestas. Muchas han expresado su adhesión o su contrariedad o sus dudas, basándose en un patrimonio común de elaboración y de prácticas políticas, refiriéndose a nuestra identidad y subjetividad sexuadas, expresando siempre la exigencia de una renovación de la política y de la forma-partido. No vemos en ello una antinomía, sino la expresión de la necesidad de seguir con nuestro proyecto autónomo de mujeres, conscientes de que el conflicto que nos aguarda en cuanto mujeres, el que enfrenta a los sexos, no es asimilado ni absorbido por ninguna posición política. En este debate congresual queremos renovar el pacto entre nosotras para afirmar una práctica de autonomía que, partiendo de la relación entre mujeres, valore plenamente nuestra diferencia sexual. Lo cual no significa alejarse de la batalla política general, sino apostar en ella nuestra libertad y responsabilidad individual, a sabiendas de que ambas se fortalecen en la relación entre mujeres.

“Inscribimos en la Carta de las mujeres el objetivo de que la vida cotidiana de las mujeres se volviera un “material incómodo” para la política; las ideas y la práctica de las mujeres no pueden ser incómodos en el partido en su fase congresual. Las elecciones que todo el partido estará llamado a efectuar, deberán estar marcadas por la radicalidad de nuestro proyecto de transformación, que se base en el reconocimiento de que los sexos son dos. Y que son dos en el partido —un partido que queremos sea de mujeres y de hombres— los sujetos políticos llamados a escoger: nos consideramos un sujeto fundador de cualquier horizonte teórico y político que el congreso extraordinario defina. Queremos verificar, a lo largo del recorrido congresual:

—si se puede manifestar una paridad de autodeterminación entre hombres y mujeres;

—si en esta circunstancia se pueden renovar realmente los módulos y los estatutos tradicionales de la política, de aquella política tan marcada por un sólo sexo, el masculino;

—si se puede ofrecer a la libertad y a la responsabilidad individual la posibilidad de mesurarse en los programas y las elecciones a cumplir.

“Tenemos en nuestro haber un método, aprendido de la experiencia autónoma de las mujeres y verificado, en el bien y en el mal, dentro del PCI: el de una relación que se funda en proyectos y que en éstos se mide. No hemos actuado nunca con base en golpes de mayorías y minorías ni hemos formado corrientes ni hemos buscado la unidad a cualquier precio. Hemos experimentado formas políticas nuestras. Pretendemos mantener firme este método aun ahora que nos encontramos en posiciones políticas diversas. Y creemos poder ofrecer este saber a la disposición de la discusión del partido. Por eso nos proponemos también en esta fase un recorrido autónomo: nos reuniremos en enero en la Comisión Femenina Nacional para continuar una discusión sobre las cuestiones abiertas y para hacer avanzar nuestra elaboración, definiendo sus etapas y sus sedes. Sabemos que hemos sido llamadas a conjugar los tiempos de la investigación, de la escucha y del respeto a cualquier matiz diferente a la decisión. Por lo tanto pretendemos:

1) continuar con la práctica que privilegia la pertenencia a nuestro sexo, y por lo tanto las relaciones entre nosotras, así como con las mujeres no comunistas;

2) construir sedes para la escucha y la investigación, sedes para valorizar y confrontar nuestras diversidades;

3) perseguir nuestro proyecto dirigido a ubicar en la sociedad nuestras proposiciones programáticas e ideales;

4) hacer crecer nuestra crítica de la política y nuestra iniciativa de volver a pensar la actual forma-partido.

Consideramos decisivo, no sólo para las mujeres, sino para la real universalidad del congreso, obrar una vez más para que las mujeres estén presentes en los congresos, y por ellos delegadas, de manera paritaria, considerando no sólo la fuerza enorme que representan sino también la novedad de las ideas de renovación que expresan. *De las mujeres la fuerza de las mujeres* es el título de la carta. También en las instituciones, en el parlamento y en las asambleas electivas locales, la

fuerza viene de nosotras. Sin embargo, en nuestra práctica concreta, la construcción de momentos y de sedes de transversalidad entre mujeres de diferente orientación política ha tardado en abrirse camino. Debemos reflexionar sobre ello, creciendo mediante las críticas que nos han dirigido. Nosotras nos encontramos hoy en día frente al deber de enfrentar, en el interior de nuestro partido, diversidades y divergencias que nos separan. Sabemos que el desafío que nos lanzamos, el de practicar y recorrer un recorrido autónomo, es alto e inédito: sabemos que salir de ese reto de manera positiva será provechoso no únicamente para el PCI y las mujeres comunistas, sino para la relación entre mujeres pertenecientes a formaciones políticas y movimientos diversos y que, más en general, nuestra experiencia podrá ser útil a todas las mujeres que en las instituciones, en los partidos y en las sedes mixtas buscarán hacer posible la escena política para la subjetividad femenina.”

A la carta le siguen las firmas de las integrantes de la comisión de emancipación y liberación del Comité Central. Entre ellas, Livia Turco apoyaba la posición de Occhetto de formar una coalición de izquierda con los católicos progresistas, radicales y socialistas, ingresando a la Internacional Socialista para poder participar en los próximos gobiernos; Adriana Cavarero enjuició, como Ingrao, la posibilidad e interés de una unión semejante, reivindicando la democracia de vanguardia del comunismo italiano. Según una tradición nefasta, durante el congreso extraordinario de marzo de 1990, ganó la facción del secretario general. El feminismo comunista de los ochenta concluye ahí, pero no su empuje hacia la dimensión política del ser mujer.